



## printf( Hello world?

(Albert Jiménez Blanco - 1r premi de la categoria *Universitat*)

Entré en el buscador y acepté rutinariamente las "cookies". No pensé ni un instante en el hecho. Al fin y al cabo, todo lo rutinario, por el hecho de serlo, tiene poco de reflexivo. Pero al pulsar ese botón verde, entregaba un poquito de mi privacidad a vete a saber quién.

Eran las siete de la tarde, y al estar ya a finales de diciembre, hacía un rato que se había hecho de noche. Estuve un rato con el ordenador, hasta que un vistazo a la esquina inferior derecha de la pantalla me indicó que ya eran las ocho. Decidí que era hora de preparar la cena. Hoy cenaría solo, así que con cualquier cosa tiraría. Entré en la cocina y abrí la nevera para ver si aún quedaban sobras de otro día. Tuve suerte, y entre el bol de sopa de hacía dos noches y la ensalada del mediodía, tenía suficiente para comer. Comí tranquilamente, sin distracciones y, después, miré el nuevo capítulo de aquella serie que tanto me gustaba. Al acabarlo, lo recogí todo, puse el lavavajillas y me fui a tomar una ducha. Algunos dicen que es mejor tomarla justo al despertarse, para no dormirse con el pelo mojado, pero siempre me ha gustado irme a la cama limpio y descansado. Además, hoy no había nadie en casa que tuviera que levantarse temprano al día siguiente, así que no debía preocuparme por hacer ruido. Hecho esto, me puse el pijama y me dirigí a la cama.

Antes de cerrar la luz, mis ojos se posaron sobre 1984, que se hallaba encima de la mesita de noche. Apagué la luz y no pude evitar pensar en ese clic prácticamente inconsciente, en aquel botón verde deliberadamente destacado del texto a su alrededor. Pensé entonces en las cookies y su absurdidad.

La realidad del mundo digital y las reglas (o más bien la falta de ellas) sobre las que se sustentaba, distaban bastante de la realidad a las que nos tenía acostumbrado nuestro día a día. Ni siquiera hacía falta adentrarse en los oscuros rincones de la *deep web*. Uno podía crear un avatar anónimo en cualquiera de las redes sociales que ocupaban una buena parte de nuestras vidas y, parapetado tras el anonimato, sembrar el caos y la discordia. Y todo ello sin tener que afrontar sus consecuencias. Esto sería impensable en la vida real, teniendo en cuenta el principio básico según el cual la libertad es indisoluble de la responsabilidad. Al ser libre y decidir el propio curso de acción, el responsable de sus consecuencias no es otro que uno mismo.

Si trasladáramos la experiencia de las cookies a una experiencia diaria, el resultado sería tener que aceptar ser vigilado, rastreado y grabado cada vez que entráramos a una nueva calle o establecimiento. Lo que sería claramente inaceptable como experiencia diaria era aceptado, sin discusión, en el mundo digital.

Mis búsquedas de aquel día, un poco de actualidad en diarios de tendencia progresista, información sobre George Orwell y, por qué no reconocerlo, esa chica nueva que había llegado hacia poco a clase, se transferirían a una gigantesca base de datos junto a muchas otras. La planta donde tendrían todos esos ordenadores estaría situada, seguramente, en algún búnker protegido, a miles de kilómetros de casa. La información, después, sería procesada por un algoritmo de inteligencia artificial. Como resultado de todo esto, mi perfil digital se vería actualizado. El proceso no habría durado ni un segundo.

Dicen que el oro del siglo XXI es la información. Los datos sobre una persona o institución nos dan ventaja

sobre ella: una discusión en que tu adversario conoce todos tus argumentos y debilidades está prácticamente perdida. Solo el inepto o el integro desaprovecharían tamaña ventaja. El conocimiento del rival permite desplazar el debate del ámbito de la razón al emocional, donde la lógica se desdibuja y los valores parecen menos categóricos.

Me invadió entonces una sensación de inseguridad, seguida de una gran indignación. Me dio la sensación de que Mark Zuckerberg y sus algoritmos podían convertirse en nuestro propio y fatídico Gran Hermano. Las cámaras de móviles y ordenadores serían sus ojos, los micrófonos podían captar todas nuestras palabras, el GPS rastreaba nuestros movimientos y los algoritmos de inteligencia artificial actuarían como una perfecta e infalible Policía del Pensamiento. La libertad de nuestras sociedades y, por consiguiente, de todos y cada uno de nosotros, se veía seriamente amenazada. Algo debía hacerse. Los jóvenes, igual que ante la inminente amenaza climática, debían dar un paso al frente y pedir control y regulación. ¿Pero cómo iban a hacerlo si en su mayoría se encontraban bajo el influjo de estos dispositivos? ¿Y quién, sino ellos, tendría la fuerza para tumbar a estos gigantes tecnológicos? Al menos desde la Unión Europea se estaban dando unos pasos en esta dirección.

Con un poco más de optimismo, pero aún sin poderme sacar la imagen de Mark de la cabeza, me dormí. El despertador sonó, como siempre, a las 6:45 y, también como siempre, lo busqué a tientas hasta retrasarlo unos minutos más. Poco presentes estaban ahora mis pensamientos de vigilia. Pensaba más bien en que, si no quería perderme otra vez la clase, debía dejar de remolonear en la cama. Al final, y con gran esfuerzo de voluntad, logré levantarme. Recordé entonces que era sábado. Tras un pequeño suspiro, decidí que valía más la pena empezar a aprovechar el día porque iba bastante perdido en una de las asignaturas de este cuatrimestre. Mis padres, que habían llegado pocas horas antes, estaban durmiendo. Al bajar las escaleras, escuché el característico sonido que hacía la cola de mi perra al impactar a gran velocidad con su cama. Estaba un poco adormilada, pero eso no quitaba que al escuchar a alguien bajar por las escaleras, realizara su ritual de bienvenida. Cuando acabara de almorzar y vestirme, la sacaría. Ya en la cocina puse un par de rebanadas de pan en la tostadora.

Mientras esperaba a que se hicieran, abrí el ordenador y me informé de las noticias del día. El volcán de la Palma seguía en erupción. Era un espectáculo magnífico y a la vez terrible. Las dos caras del acontecimiento podían apreciarse en la actitud distinta de aquellos que habían perdido sus casas y los turistas que habían decidido visitar la isla para no perderse esta muestra de poder de la madre naturaleza. Un poco más abajo, sin embargo, vi aquella cara familiar que ya me había perturbado ayer por la noche. Estaba anunciando que su compañía cambiaba de nombre y también, por lo que parecía, de objetivos. Hablaba de algo llamado metaverso, que me pareció, a primera impresión, poco más que una forma de desvincularse de los grandes escándalos de la compañía. Aún recordaba la victoria de Donald Trump en 2016, que contrató los servicios de Cambridge Analytica para ganar la elección. Hubo también dudas, que no acabaron de probarse, de su implicación en la campaña del Brexit. Se trataba de dos de los más penosos momentos de nuestra historia reciente, que habían sido impulsados, aparte de por una coyuntura sociopolítica propicia, a través de la eficaz manipulación del electorado.

Pero era mucho peor que eso. El metaverso, planteado como un mundo virtual donde poder interactuar y prácticamente hacer vida, suponía una entrega aún más absoluta de nuestra libertad. Era éste un mundo fácilmente controlable. Toda amenaza podía ser reprimida y eliminada con solo activar un comando: un libro crítico podía desaparecer sin tener que llevar a cabo la ardua y complicada tarea de rastrear y después quemar todas sus copias. Además, en vez de solucionar los problemas del mundo real para crear una sociedad más justa y más respetuosa con la naturaleza, se dejaba a este de lado. Daría igual la biodiversidad y la belleza del mundo. Darían igual los bosques y los mares. Daría todo igual porque todo estaría replicado en formato digital. Pero la aproximación de los ordenadores, discreta, no podía dejar de ser solamente eso,

una aproximación, que perdía la esencia continua de nuestro mundo.

Un sonido me sobresaltó y salí de mi ensimismamiento. Levanté los ojos de la pantalla y vi que las tostadas asomaban, recién hechas. Saqué la margarina de la nevera y las unté un poco. Mirando las noticias, me había olvidado de llenarme la taza de cacao. Ante los ojos expectantes de mi perra, almorcé rápidamente, subí a mi habitación y me vestí. Al bajar, mi acompañante canino esperaba al lado de la puerta. Me puse la chaqueta, por lo temprano de la hora y lo frío de la estación, y le puse la correa al perro. Al salir de casa noté el marcado cambio de temperatura. Miré al horizonte y vi que una columna de humo gris se levantaba de una zona próxima. Picado por la curiosidad me dirigí hacia esa dirección, haciendo las paradas oportunas para que mi acompañante pudiera hacer sus necesidades. Cuando estuvimos un poco más cerca, me fijé en que una parte del bosque próximo o a casa se estaba quemando. Ya había varias patrullas de bomberos en la zona así que no hacía falta llamar a emergencias. Al girar un poco la cabeza, una figura pequeña llamó mi atención. Se trataba de un niño de unos 12 años que estaba mirando la pantalla del móvil de su madre. La escena, por lo general bastante corriente, no me dejó indiferente. Desde mi posición se veía al niño y, tras él, una columna de fuego. Y en esta escena sentí, como una revelación, el futuro que nos esperaba. Absortos como estábamos, íbamos a dejar arder el mundo.

)